LA BOLSA DE PIPAS

revista literaria trimestral · enero-marzo 2015 · nº 100

/ 03 Carlos Jover / 04 Juan Pardo Vidal / 06 Rubén Castillo Gallego / 08 Pablo Miravet / 10 Joan Payeras / 11 Jesús Pérez / 15 Rodrigo Olay / 16 Macky Chuca / 20 David Torres/ 23 Andoni Sarriegi y Nessy Cohen / 25 Juan Bonilla / 30 Miguel Dalmau / 33 Pablo Gallo / 34 Enriqueta Llorca / 35 Pere Joan / 39 Albert Pinya / 40 Bartomeu Seguí / 41 Gabi Beltrán / 48 Begoña Méndez / 47 Román Piña Valls / 04 Álex Fito / 49 Alberto Balnco / 54 Antonio Rigo / 57 Juan José Delgado / 58 Guillermo Aguirre / 66 Juame C. Pons Alorda / 68 Frederic X. Ruiz Galmés / 72 Ernesto Maruri/ 75 Antonio Manilla / 77 Colectivo Juan de Madre / 82 Ester Pellejero / 84 José Luis García Herrera / 89 Laura Pelegrina / 90 Francesca Pujol / 95 Jordi Vidal / 99 Diego Prado / 100 Jesús Urceloy Beltrán / 102 Julián Ruiz-Bravo / 104 Carlos Maleno / 108 Carmen Arche Ortiz / 111 Álex Oviedo / 114 *Críticas a Urceloy, Ángel Gracia, González Álvaro y Carrere, por Muñoz Robledano Prado, Espina, Rubén Sáez y Marina P. de Cabo* / 122 Max

Todo inéditos

LA BOLSA DE PIPAS Nº 100
octubre-diceimbre de 2015
Director: Román Piña Valls

Con la colaboración del Institut d'Estudis Baleàrics (Conselleria de Educació, Culttura i Unversitats del Govern de les Illes Balears)



Edita Sloper S.L.
C/ Victoria, 2, 3º C
07001 Palma
Tel: 605584573. D.L. PM–2399–2001
issn 1695–4718
www.labolsadepipas.com
colaboraciones y suscripciones:
info@editorialsloper.es
Logotipo: © Pere Joan
Portada: Colectivo Juan de Madre

A la venta en

PALMA
Llibreria **Embat**. Pasaje Papa Joan XXIII, 5–E
Librería **Born de Llibres**. Passatge Papa Joan XXIII.
La Biblioteca de Babel C/Arabí, 3
Bazar del libro C/ Sant Crist, 2
Drac Màgic, C/ Sant Jeroni

MADRID
Hotel Kafka, C/ Hileras, 16
La Central C/ Callao

CÁCERES
El Buscón. C/Médico Sorapán 19

BARCELONA
La Central del Raval. C/ Elisabets, 6
La Central C/ Mallorca, 237

GIJÓN
Paradiso, C/ Merced, 28.

SEVILLA
Librería **La Fuga** , C/ Conde de Torrejón, 4. acc.
Librería Espacios de Especies, C/Rosario Vega 8 (Local bajo), 41010

TORRELAVEGAa
Librería **Dlibros** C/ Lasaga Larreta, 11

CERCEDILLA
Fuenfría. Avda. Sierra del Guadarrama, 9.

La gespa era tan verda
i el matí tan clar

jo hagués jurat
que no érem aquí

tot per començar
com el full blanquísim
un segon abans
de rebre la primera taca.

Payeras es autor de *La luz y el frío* (Vitruvio).

LEYES VIEJAS

Jesús Pérez

“No te preocupes. Limpiaré yo”, dijo mientras se inclinaba hacia mí. Le pedí que me acompañase fuera. Él me miró fijamente y se apretó el cuello hasta enrojecer. “¿No me he expresado bien?”, preguntó. Su voz crujía, y me parecía que, de alguna manera, no respiraba oxígeno, sino algún otro gas. Respondí que sí se había expresado bien, que sus

palabras nunca eran el problema.

Salimos. El anochecer coincidía con el final de la tormenta, que había refrescado las calles. Quizá por eso comenzó a respirar abriendo mucho la boca. Le rogué que, por favor, no destrozase nada. Que me dijese ahora si no iba a poder evitar lanzar las mesas contra las botellas. No quería encontrarle al día siguiente con las cicatrices abiertas. "Solo quiero terminarme la botella de vino", musitó y me miró como un cordero degollado. No la había soltado desde la tarde. "A lo sumo, recorreré el bar y saludaré a las cámaras", continuó. "Algo tierno –bromeó-, para despedirme de un lugar condenado". Le rogué que si no podía evitar su furor, entonces rompiera los espejos. Le di la mano. Jugueteó con ella. "Vete tranquilo con tus libros", me gritó cuando nos dimos la espalda.

Al día siguiente revisé lo grabado por las cámaras. Sucedió así:

Volvió al bar. Comprobó que todos se habían ido. Colocó la botella de vino sobre la barra. La apretó, sin servirse. Se escuchaba el zumbido del aire acondicionado. Él siempre decía que era como si una meganeura se limpiara sus gigantescas alas en las mesas. Contaba que había visto esos insectos, que volaban en grupo y que algunos de sus hermanos las domesticaban. Esa vez le pregunté por su edad. No respondió. Días después me dijo que mi reloj no medía el tiempo. Así que nunca supe exactamente cuántos años tenía, como tampoco por qué se llamaba Tambor de Carne.

Ahora seguía apretando la botella. De un golpe arrancó el corcho y parte del cuello. Volví atrás y lo visioné lentamente. Levantaba el brazo derecho y lo estiraba, recto, hasta casi tocar el techo. Después lo bajaba formando una media luna y los fragmentos de la botella saltaban con limpieza.

Se sentó como pudo y apoyó los codos en la barra. Oteó qué había al otro lado. El suelo seguía sucio, la caja continuaba cerrada. Entonces sonó una melodía y se escuchó una voz en inglés. Un chico de unos veintitantos preguntó: "Where the hell is she?". Tambor de Carne pasó su

brazo por la barra y arrastró al chico a su lado, que soltó el teléfono e intentó liberarse. Parecía empequeñecer, aunque tenía unos brazos torneados que apretaban con fuerza los dedos de Tambor de Carne. Este, por alguna razón, lo soltó. Tomó su botella, buscó un vaso y le sirvió. El chico se cuadró y brindó. En un español perfecto dijo que se llamaba Frank. "Cuando bebo demasiado whisky-añadió-, ella me deja solo".

Frank era militar. Había aprovechado su mes de permiso en el ejército norteamericano para visitar Madrid. ¿Por qué no era un pastor o un cómico? ¿Por qué no un simple oficinista? Pero tenía que ser un soldado. Tambor de Carne, de por sí bravucón, se terminó la botella de un trago y dijo: "Deberíais luchar cuerpo a cuerpo, sin usar vuestras herramientas. Podríais valeros de piedras, ramas, arena, pero no de lo que construís. Con ello cualquier insecto que sepa apuntar puede matar a alguien como yo". Frank palpaba el teléfono, quizá comprobando si aún funcionaba. No entró a la conversación. Tambor de Carne se apretaba la cabezota. Yo, en esos momentos, según la hora que marcaba la imagen, acababa de dormirme.

Frank se excusó con que tenía que ir al baño. Se llevó el vaso y subió las escaleras. Se encerró en uno de los servicios y se bajó los pantalones. Sentado, sacó un rotulador rojo de los que tengo tras la barra y dibujó una cabra en la puerta. Se encendió un cigarro. Tambor de Carne dejó la botella, enfiló escaleras arriba y entró también al baño. Frank apagó el cigarro contra la cabra y se lo guardó en un bolsillo. Empezó a silbar. Tambor de Carne era incapaz de explicarle que él no entendía la intimidad como cualquiera de nosotros y que era normal que hubiera irrumpido en el baño. Mi mujer podía pasear desnuda delante de él y eso no significaba nada para Tambor de Carne. Y él podía comer como un bruto cualquier plato putrefacto delante de ti, y tú no debías ofenderte. Pero puede que los españoles nos hayamos acostumbrado a ellos más que los ciudadanos de los países ricos y eso es pasto de malentendidos. Tambor de Carne se miró en el espejo. Salió del baño y fue escaleras abajo.

Desde que había vuelto del baño, Frank, sentado, se mandaba mensajes con alguien. Tras cinco minutos de silencio, Tambor de Carne gritó: “Si te pasa algo es que ya le ha sucedido a alguien antes”. Se le acercó con otra botella. Frank cubrió el vaso con la mano. No quería beber más. ¿Fue eso lo que acabó de provocar a Tambor de Carne? Frank aclaró que estaban a punto de venir a recogerle. Preguntó si la puerta estaba abierta. Tambor de Carne no respondió. No apartaba su mirada de Frank. Sé como nadie que esa mirada de Tambor de Carne pesa toneladas. Es la que tenía cuando le expliqué que era normal que le temieran. La misma de cuando me contó que odiaba a sus hermanos y se deleitaba comparando su vida con la de ellos, miserables basureros subterráneos. La que puso cuando me confesó que si no se rebeló con sus hermanos había sido por el asco que les tiene, no porque respete a los humanos.

Frank comprobó que la puerta estaba cerrada. Escuchó a su amiga llamarle desde la calle. Le respondió que salía ya. Pidió de nuevo a Tambor de Carne que le abriese, pero no recibió ni una respuesta, ni un parpadeo. Frank rodeó la barra y buscó las llaves. Supe lo que iba a pasar, así que adelanté las imágenes diez minutos. En ese momento, el espacio de mi local parecía ceder a máquinas fosforescentes. Pero solo eran muebles ardiendo. Volví atrás. Frank gritaba a su amiga que iba a salir. Empujaba la puerta con fuerza. Tambor de Carne se inclinó sobre la misma mesa en la que había estado Frank y aplastó su copa. Se puso a cantar, porque los cíclopes cantan antes de matar a alguien. “Yo sigo leyes viejas”, comenzaba la canción.

Jesús Pérez es autor de *Las Brigadas Prosublime* (Sloper, 2015).